

José María Poveda

MIKO
ATRAPADO EN LA RED

© 2022, José María Poveda

© 2022, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-123628-9-3

Depósito Legal: M-14172-2022

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*A Ana, que supo encontrar un camino
con la fe que solo tienen las madres*

CAPÍTULO UNO

Preparativos prematuros

Desde que a Miko le dijeron sus padres que iba a tener un hermanito¹, él se había planteado un montón de cosas que preguntar a sus padres.

Primero preguntó cuándo llegaría, y le dijeron que nacería en siete meses y medio, «más o menos». A Miko eso le pareció poco profesional, porque las tiendas de internet, que hacen envíos a distancia, siempre te dicen el día y hasta la hora exacta de entrega. Por eso, Miko dijo que no le parecía serio que se pudiera retrasar una semana o adelantar hasta mes y medio.

Miko ya sabía que, en realidad, llegaría mucho antes; pero aún no se veía directamente. Él veía

¹ Ver «El Mundo de Miko»

a otras mamás llevando a sus bebés en la tripa, aunque sus padres le dijeron que era mejor decir «vientre», porque «tripa» era poco elegante. Así que una vez dijo en el cole que le dolía «el vientre» y todos se rieron mucho. Así que no sabía si decir «vientre» o «tripa».

Fuera como fuese, él no sabía cómo entraban ahí ni mucho menos cómo salían después. Le resultaba absolutamente incomprensible, así que se lo preguntó a sus padres. Le dijeron que el niño no tenía que entrar en la madre, sino que estaba desde el primer día dentro de su vientre, porque se creaba ahí. Eso sí, al principio era muy pequeño, y por eso no se notaba a simple vista. Era tan pequeñito que durante los primeros días solo se podía ver al microscopio. Más tarde ya se podría ver en fotografías, que tenían un nombre muy raro: se llamaban «ecografías».

—¿«Eco»? ¿Cómo que «eco»? —preguntaba Miko extrañado—. ¿Como el eco del bidón?

Sí, eco. Como el eco que sonaba cuando Miko metía la cabeza en el bidón vacío de la ropa sucia.

Y preguntó que si aquello se llamaba «ecografía» porque dentro de la madre había «eco», como en el bidón.

«A lo mejor —pensaba Miko—, como las madres que esperan niños están gorditas, en realidad están vacías, y dentro se oye el eco». Pero no, no era por eso.

Mamá le había enseñado algunas de esas ecografías. Se parecían a las fotos antiguas de los abuelos, porque no tenían color. Era como si estuvieran pintadas a lápiz. Solo se veían unas manchas en blanco y negro. Miko no veía nada. Lo que sí veía era a su madre muy ilusionada.

También Miko estaba ilusionado, y no lo ocultaba. Lo primero que se le ocurrió fue que el bebé necesitaría mogollón de cosas, porque las amigas de mamá querían hacerle un montón de prendas de vestir que tenían unos nombres tronchantes, como: «ranitas», «bodis», «polainas», «pichis», «pololos», «pompones» y no se sabe qué otros nombres, todos para partirse de risa, porque parecían nombres de los protagonistas de un cuento.

Todo el mundo estaba pensando en el hermanito. O hermanita, claro. Que también había que tener en cuenta que, al final, hasta podría ser una hermanita; fíjate. Miko prefería no pensarlo, porque en su imaginación siempre aparecía un hermanito. Para más señas, uno con el que jugar al fútbol muchas muchas horas. «Es cierto —pensaba Miko—, las niñas también juegan al fútbol; pero menos».

Así que, en realidad, se daba cuenta de que prefería que fuera un hermanito, pero tampoco quería decirlo tan alto. Entendía que había que querer al bebé, independientemente de que fuera un hermanito o hermanita, pero él prefería a alguien que le tirara penaltis y córneres.

Sus padres le habían dicho que no se pusiera celoso, porque cuando nacía un bebé, se convertía en el centro de la familia. Pero no, Miko no se sentía celoso. Todo lo contrario: se sentía también muy responsable y quería preocuparse por él.

«A ver —pensó en primer lugar—. ¿Por qué a nadie se le ha ocurrido que el bebé necesita una

cama y un cuarto donde dormir? ¿Por qué? Es que hay que ver... Lo tengo que hacer todo yo».

Y ni corto ni perezoso empezó a desalojar parte de su armario para hacer sitio. Como tenía cuatro cajones, pensó que habría que repartir equitativamente, e intentó liberar los dos cajones de la derecha. Tuvo que apretujar mucho toda su ropa, juntando la interior con las camisas y los jerséis con los calcetines. Lo mismo hizo con las perchas que tenía. Al fin y al cabo, no las necesitaba todas, ya que podía agruparlas de dos en dos, y así guardar la mitad de sus perchas para su hermanito.

En cuanto a la cama, no había ningún problema, ya que su cama tenía otra debajo, que salía como un cajón. Su madre le había dicho que eso se llamaba «cama-nido». Miko pensaba que lo de «nido» debía de ser una marca, porque no le veía las plumas por ningún sitio y, la verdad, no se parecía a un nido. De vez en cuando, algún amigo o primo había dormido en esa cama de reserva, así que Miko ya sabía que por ella no había que preocuparse.

Lo que sí sería un problema sería la mesa de estudio, porque solo había una. Hasta ahora.

Primero Miko consideró que, a lo mejor, al principio, podrían compartir mesa, y sentarse cada uno a un lado; pero en seguida se dio cuenta de que eso no funcionaría: nunca cabrían dos libros y dos cuadernos abiertos. Además, papá le había dicho que la luz tenía que llegar de la derecha, para que la mano no hiciera sombra.

Había que comprar una mesa más.

Bueno, lo primero era crear sitio, así que Miko se puso manos a la obra y empujó (con bastante esfuerzo) la mesa hacia su ventana. No llegó muy lejos, porque no le dejaba el cable de la lámpara, que empezó a tensarse.

Miko salió del cuarto y trajo del salón una regleta con muchos enchufes que se *encontró* por allí. Así pudo seguir corriendo la mesa sin problema hasta pegarla a la ventana.

Fantástico.

Es verdad que la habitación quedaba un poco descolocada, pero quedaría mejor cuando estuvie-

ran ahí las dos mesas. Y dos sillas, claro. Eso fue lo primero que Miko se propuso: comprar una mesa y una silla; iguales que la suya, a juego.

Decidió preguntarle a su madre cuándo iban a ir a esa tienda de muebles tan grande que los api-laba en enormes estanterías, y empezó a buscarla por la casa, que, para más señas, no era especialmente grande. Como a ella no le gustaba que fuera por la casa gritando «¡Mamááááá!», fue por las habitaciones, una a una: el salón, la cocina, el despacho, los baños... Nada. Como solo quedaba el dormitorio, deshizo sus pasos para volver al pasillo y entró, ya un poco impaciente por la búsqueda y un poco brusco por las ganas de hacer cosas que tenía, diciendo:

—Oye, mamá, ¿cuándo tenías pensado que fuéramos a la tienda esa...?

Y ahí se quedó la frase, porque Miko se quedó petrificado, con la boca en forma de «A», mirando a su madre tumbada boca arriba en la cama, con la cara bastante seria, la boca ligeramente abierta y los ojos tapados por el antebrazo.

—¡Huy, perdón!

A Miko le impresionó ver a su madre tan seria, porque siempre estaba sonriendo.

—No te preocupes, hijo. Estoy un poco mareada.

—¿Has cogido un virus? —Miko miraba con los ojos muy abiertos, sin parar de hablar—. Hay muchos virus por ahí. Y bacterias también. Hay que tener mucho cuidado, Dice la profe de *Science* que el niño comparte sistema circulatorio con la madre, y...

—Pero, bueno —la madre se quitó el brazo de la cara y sonrió levemente—, cuántas cosas sabes, hijo. No te preocupes, no estoy enferma. Es muy típico sufrir náuseas, vómitos y mareos cuando esperas un bebé, ¿sabes?

—Ah. ¿Y eso? —El chico se rascó la cabeza, como pensando.

—Pues no lo sé. Supongo que el cuerpo experimenta muchos cambios y te da avisos para que te estés quieta y tranquilita mientras crece el pequeño.

—Bueno, pues vaya formas de avisar que tiene el cuerpo. Ya podía mandarte un wasap.

Miko ya no quiso insistir en lo de los muebles y se dio la vuelta para salir.

—Lo de los muebles, tienes razón. Tendríamos que ir a comprar una cunita para el bebé, pero hay tiempo todavía.

¿«Cunita»?

¿Cómo que «cunita»?

¿Por qué una cunita?

En Miko saltaron todas las alarmas. Entonces..., ¿no iba a dormir en la cama de su cuarto?

—¿Cu-nita? —Es todo lo que acertó a decir.

—Cunita, claro. Tu cunita de cuando eras bebé está en casa de los abuelos, en Bilbao. Tenemos que comprar una nueva.

—Pues en mi cuarto no hay mucho sitio —replicó Miko, cogiéndose con la mano la barbilla en actitud reflexiva—. Porque entre la cama y las dos mesas...

—Pero, hijo, no te preocupes, que la cuna la vamos a poner... —la madre se quedó abruptamente atascada—. ¿Dos mesas? ¿Cómo que dos mesas? En tu cuarto hay una sola mesa.

—Ya, pero habrá que comprar una para el hermanito.

—Bueno, bueno, bueno, hijo —ella apenas pudo reprimir la risa—. Pero si aún queda muchísimo para que necesite una mesa. ¡Van a pasar años! Por lo pronto, los primeros años los pasará en una cunita aquí, en la alcoba. No te preocupes.

—Ah, aquí... —Miko no ocultó su asombro, y casi un poquito su decepción, porque pensaba que estarían juntos—. Bueno, yo ya le he hecho sitio en el armario.

—¿En el armario? Hay que ver qué bueno eres. Pero no te preocupes, va a necesitar mucho sitio. Le compraremos una cómoda o algo. No hace falta que le hagas sitio.

»Pero queda mucho, ¿sabes? Son cinco meses y medio todavía. Hasta finales de abril...

—¿Tantooo?

CAPÍTULO DOS

Sin enchufe, todo muy negro

A Miko tantos meses se le hacían un mundo. Vaya rollo. Además, ahora tenía que ordenarlo todo y ponerlo otra vez en su sitio. No le costó mucho, porque, como acababa de hacerlo, sabía dónde iban las cosas y cómo correr la mesa, así que pronto quedó todo como estaba antes. Bueno, casi todo. Pero Miko no se dio cuenta, al menos, no inmediatamente. No fue hasta la cena, que ese día iban a tomar en el salón, con unas bandejas mientras veían una serie de televisión en inglés.

Miko había conseguido que, de vez en cuando, vieran una serie. El padre de Miko dio su consentimiento con la condición de que fuera en inglés, y a Miko eso le pareció mejor que nada. Además, se

dio cuenta de que, poco a poco, iba entendiendo cada vez más. Su padre le dejaba manejar el mando, y Miko sabía perfectamente dónde encontrar el siguiente episodio. Así que se sentó con sus padres y, muy seguro de sí mismo, apretó el mando.

Pero no pasó nada.

La tele siguió tan negra como antes.

Negra en la negrura.

—¿No hay luz? —dijo la madre—. ¿Puedes mirar los plomos, Javi?

—Bueeeeno, voy. —A su padre no le apetecía absolutamente nada levantarse, pero fue; aunque con cierta desgana.

Mientras su padre recolocaba la bandeja y se levantaba, Miko y su madre se quedaron en silencio, esperando.

—Qué bueno es tu padre —afirmó ella cuando él ya no les podía oír—. Con lo cansado que está hoy...

Miko se fijó entonces en los números del reproductor que estaban debajo de la televisión, unos números muy agradables, porque estaban hechos

con palitos. A Miko le gustaban muchísimo, y a veces los había reproducido con mondadientes. Le gustaba mucho ver que, con los palillos del ocho, se podían hacer todos los demás números. Fue precisamente con la vista fija en ellos cuando comprendió perfectamente lo que había pasado. Así, de repente.

El reproductor encendido y la tele apagada.

No es que se hubiera ido la luz. Era el enchufe. El maldito enchufe.

—Oye, pues los plomos están perfectamente. No entiendo nada. —La voz de su padre resonó fuerte desde el fondo de la casa. Al parecer, no le hacía ninguna gracia haberse tenido que levantar, y hablaba más alto. Mucho menos le gustaba la idea de que se hubiera estropeado la tele.

¿Qué podía hacer Miko? Se daba cuenta de que la culpa era suya, porque se había llevado el enchufe que había detrás de la tele, para lo que había tenido que desenchufar los aparatos, y en el único enchufe que quedó libre puso solo el del reproductor. Miko sabía que a su padre no le iba a

hacer ninguna gracia que hubiera estado tocando los enchufes, así que tenía dos opciones: o mentir y decir que no sabía nada o enfrentarse al enfado de su padre por tocar lo que no hay que tocar. Como no sabía qué hacer, decidió pegar un pelotazo adelante y ganar un poco de tiempo:

—Voy al baño un momento —dijo, mientras se levantaba, con la vista furtivamente puesta en el pasillo.

Por el pasillo, Miko iba sopesando sus opciones. Podía decir la verdad y arriesgarse a tragarse una reprimenda o decir que se había encontrado el enchufe por ahí. Pero eso último no iba a colar.

«Eso no se lo va a creer nadie».

Además, eso era mentir. Y Miko no quería mentir.

Así que, mientras lo sacaba de su habitación, decidió enfrentarse a la verdad. Y que fuese lo que Dios quisiera.

Pero cuando llegó al salón, la imagen fue distinta. Al parecer, su padre se había contagiado de las ganas de ir al baño y se había levantado, y su madre estaba otra vez con el brazo tapándose los

ojos. Al parecer, tenía otra vez esas extrañas náuseas. (Más tarde, el chico se enteró de que se decía «náuseas»; pero mucho más tarde).

Así que, haciéndose cargo de la oportunidad, se agachó y, en un periquete, dejó el enchufe como estaba y la situación como no estaba, porque ahora la tele se encendió y el día pareció terminar pacífico. Su padre volvió del baño con cara de pocos amigos, pero cuando vio la tele funcionando, solo puso cara de extrañeza y se sentó.

Miko miraba a su padre de reojo, porque se daba cuenta de que no se le había ido el enfado, y, en el fondo, tenía miedo de que le pudiera reñir después. Él se daba cuenta de que no era nada normal ver a su padre con esa cara. Es verdad, a veces se enfadaba, pero era por cosas importantes, como cuando perdía su equipo de fútbol. Además, pronto se le pasaba. Pero era raro que se hubiera enfadado por tenerse que levantar a revisar los plomos.

De modo que Miko le perdió el hilo a la serie en seguida. Miraba de reojo a su madre, que había

dejado la cena sin tocar y se recostaba en el sofá tapándose los ojos con el brazo; y a su padre, que comía despacio y con desgana y con un semblante sombrío. Y precisamente porque había perdido el hilo de la serie, ni se dio cuenta cuando su padre la apagó. Así, sin más, en mitad de una escena, y se quedó callado, como escuchando el silencio, muy serio. Se limpió muy elegantemente la boca y dijo:

—Están haciendo un ERE en la empresa. Todo parece indicar que me va a tocar.

¿Un «ERE»? Miko no sabía qué decir. Por una parte, si estaban haciendo *algo* en la empresa y a su padre le iba a *tocar*, no sonaba mal. Igual era una rifa. A lo mejor hasta se podía comer el ERE ese, e incluso estaba rico. Pero, por otra parte, a juzgar por la escena y las caras de sus padres, el ERE ese o no era nada bueno; o, si se podía comer, estaría malísimo. Así que, prefirió tirar por la calle de en medio y preguntar:

—Papá, eso... ¿Qué es? Un ERE.

—Son siglas, hijo. De «Expediente de Regulación de Empleo», y significa que van a despedir a

una gran parte de los empleados. Vamos, que los van a echar. Y creo que me va a tocar a mí. —Bajó la cabeza hasta que la barbilla le tocó el pecho. Eso le dio mucha pena a Miko.

—¿Por qué piensas que te va a tocar? —La mamá de Miko se había incorporado y lo miraba interesada, aunque no asustada.

—Porque van a empezar a despedir a los que menos tiempo llevamos en la empresa, porque les cuesta menos.

—¿Y no puedes conseguir algún enchufe? —preguntó Miren, que así se llamaba la madre, preocupada.

«¿Enchufe? ¡¡Enchufe!!».

¡El maldito enchufe!

En la cabeza de Miko sonaron todas las alarmas. Pensaba que el asunto del enchufe estaba ya olvidado por completo, y precisamente su madre lo había sacado en el peor momento. Fíjate, y eso que parecía que no se había coscado de nada...

—Con enchufe no consigues nada, es un tema de negociación con los sindicatos. —Javier, su

padre, había apartado la vista y la tenía perdida, como si la casa fuera muy grande.

—Hombre, pero habría que preguntar. A lo mejor alguien tiene enchufe con los sindicatos —replicó ella.

—Yo ya no entiendo nada —dijo Miko, ya un poco desesperado—. Vale, lo admito, fui yo el que se llevó el enchufe. Pero no sé cómo con uno se consigue que no te echen de la empresa. Ni tampoco sé qué es un «enchufe con silicatos». Ya he traído el enchufe. Ahora... ¿Qué vas a hacer con el enchufe para que no te echen? ¿Dónde lo vas a poner? ¿En tu despacho? Si quieres, lo desmonto otra vez...

Los padres de Miko se miraron atónitos. Luego se fue dibujando una leve sonrisa que fue aumentando cada vez más, hasta explotar en una carcajada interminable. Al fin, la madre de Miko, secándose las lágrimas de la risa, se fue incorporando poco a poco. Miko la miró con una leve sonrisa, aunque seguía sin entender nada. Entonces ella le explicó:

—Hijo, en el mundo del trabajo, tener *enchufe* significa conocer a alguien que puede ayudar-

te a conseguir algo. En este caso, tendríamos que conseguir que papá no se quedase sin trabajo con ayuda de alguien.

—Claro, papá no se puede quedar sin trabajo, que si no, ¿cómo le vamos a comprar la cunita al bebé? —apuntó Miko, como dando a entender lo mayor que era al estar al tanto de los problemas familiares.

—Pues sí, hijo, la cunita y todo lo demás —afirmó la madre—. Ya veremos cómo lo hacemos para que papá encuentre otro trabajo.

—¿Y cómo se encuentra un trabajo?

—Pues hay que empezar a preparar currículos, mirar en redes sociales y moverse por las empresas. —intervino su padre, al que la confusión del enchufe le había quitado la cara de seriedad y ahora tenía una leve sonrisa dibujada en la cara—. El momento no es muy bueno, pero los ingenieros industriales tenemos muchas posibilidades.

Ingeniero industrial. En ese momento, Miko cayó en la cuenta de que nunca se había preguntado realmente qué es lo que hacía su padre. Ni

siquiera sabía lo que era un ingeniero industrial, aunque lo había oído muchas veces. Así que decidió preguntarlo directamente:

—Papá... ¿Y qué hace un ingeniero industrial?

—Bueno, pueden hacer muchas cosas, pero yo me dedico principalmente a la organización interna de grandes empresas.

Miko se quedó pensativo. Encontrar otro trabajo. Esa sí que era una tarea difícil, una tarea para mayores.

CAPÍTULO TRES

Elfos bretones

Desde la ventana de su clase, Miko contemplaba los árboles del patio del colegio, que ya empezaban a teñirse de amarillo y marrón. El otoño hacía su entrada, y a él le venían los recuerdos del verano, de apenas unas semanas de edad.

Sin duda, la mejor parte del verano había sido la de las primeras tres semanas, apenas unos días después de empezar las vacaciones. Es la época en que pudieron marcharse de viaje por la costa francesa de Bretaña. Miko nunca había estado en Francia, ni siquiera había cruzado la frontera. En realidad, tampoco se enteró cuando la cruzaron, porque, a pesar de que le dijeron que ya estaban en Francia, ni